

# **Espiritualidad de la Unidad**

Estas páginas recaban textos publicados en el sitio web [focolare.org](http://focolare.org) antes de su actualización en noviembre de 2018. Se trata de una recopilación de artículos, divididas por temas y publicadas en el sitio, en su mayor parte, en 2011, cuando se realizó la actualización anterior del espacio web de los focolares. Son noticias y fichas de datos que pueden ser útiles para aquellos que desean conocer mejor las diferentes realidades que conforman el Movimiento.

**[www.focolare.org](http://www.focolare.org) | [info@focolare.org](mailto:info@focolare.org) | Todos los derechos reservados**

## Sumario

### La Espiritualidad de la Unidad

*Dios Amor*

*La voluntad de Dios*

*La Palabra*

*1.4 Amor al hermano*

*Amor recíproco*

*Jesús Eucaristía*

*Unidad*

*Jesús Abandonado*

*María*

*La Iglesia*

*Espíritu Santo*

*Jesús en medio*

### Vivir el carisma

*Economía y trabajo*

*Testimonio y difusión*

*Espiritualidad y oración*

*Naturaleza y vida física*

*Armonía y ambiente*

*Sabiduría y estudio*

*Unidad y medios de comunicación*

## La Espiritualidad de la Unidad

La espiritualidad enunciada por Chiara Lubich a lo largo de los años, ha sido definida como una espiritualidad “colectiva” o, mejor dicho, “comunitaria”, es decir en función de la unidad, del “que todos sean uno” (Jn 17,21).

Dicha espiritualidad se desarrolla en doce puntos, entrelazados uno en el otro:

- ✓ Dios Amor;
- ✓ la Voluntad de Dios;
- ✓ la Palabra;
- ✓ el hermano;
- ✓ el amor recíproco;
- ✓ Jesús Eucaristía;
- ✓ la unidad;
- ✓ Jesús abandonado
- ✓ María;
- ✓ la Iglesia;
- ✓ el Espíritu Santo
- ✓ Jesús en medio.

La espiritualidad de la unidad de Chiara Lubich, en cada uno de sus puntos, no es la formulación de un proyecto madurado en su mente, de una reflexión, de un aspecto de la teología espiritual. Se trata más bien de algo que suscita la vida, de una espiritualidad que requiere una inmediata adhesión, decidida y concreta. En la riqueza de la historia de la Iglesia, de sus miembros, de sus santos y de sus comunidades, existe una característica constante: es la persona que camina de manera individual hacia Dios. Esto también es así en la espiritualidad de la unidad, en el sentido de que la experiencia que el individuo hace con Dios es única e irrepetible. Sin embargo, junto a esta indispensable experiencia espiritual personal, la espiritualidad que contiene el carisma de la unidad, confiado por el Espíritu a Chiara, acentúa la dimensión comunitaria de la vida cristiana. No es, en absoluto, una novedad, ya que el Evangelio es eminentemente comunitario. Existen en el pasado experiencias que subrayan este aspecto colectivo de la peregrinación hacia Dios, sobre todo en las espiritualidades que ponían el amor como base de la vida espiritual, como por ejemplo, San Basilio y sus comunidades.

La espiritualidad de Chiara Lubich conlleva una forma original, comunitaria, de ir hacia Dios: ser uno en Cristo, según las palabras del Evangelio de Juan: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así estén también ellos en nosotros” (Jn. 17, 21). En Chiara esta frase se convierte en un estilo de vida.

Una “espiritualidad comunitaria” había sido augurada para nuestra época por teólogos contemporáneos y a ella se refiere el Concilio Vaticano II. Karl Rahner, por ejemplo, hablando de la espiritualidad de la Iglesia del futuro, la veía en la «comunidad fraterna en la que sea posible hacer la misma experiencia fundamental del Espíritu». El Vaticano II, orienta su

atención sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo y pueblo reunido en el vínculo del amor de la Trinidad.

Si Santa Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia, hablaba de un “castillo interior”, la espiritualidad de la unidad contribuye a edificar también un “castillo exterior”, donde Cristo esté presente e ilumine todas sus partes.

## Dios Amor

Chiara Lubich y sus primeras compañeras, durante la guerra, tomaron la costumbre de encontrarse en los refugios antiaéreos, apenas sonaba la sirena que anunciaba un nuevo bombardeo. Era demasiado fuerte el deseo de estar juntas, de descubrir formas siempre nuevas de ser cristianas, de poner en práctica el Evangelio, después de la intuición fulgurante que las llevó a poner a Dios en el centro de sus intereses, en el centro –único y absoluto– de sus jóvenes vidas.

«Cada acontecimiento nos impactaba profundamente –comentará años más tarde Chiara -. La lección que Dios nos ofrecía mediante las circunstancias era clara: todo es vanidad de vanidades, todo pasa. Sin embargo, al mismo tiempo, Dios ponía en mi corazón, para todas, una pregunta y con ésta la respuesta: “¿Existirá un ideal que no muera, que ninguna bomba pueda destruir al que podamos donarnos completamente?”. Sí, Dios. Decidimos hacer de Él el ideal de nuestra vida»

En el 2000 Chiara escribe: «Dios. Dios, que en medio del furor de la guerra, fruto del odio, bajo la acción de una gracia especial, se manifestó por lo que realmente es: amor. La primera idea central sobre la que el Espíritu ha construido esta espiritualidad ha sido: Dios Amor». (Cf. 1 Jn. 4,8).

«¡Qué transformación produce en las personas esta verdad, comprendida de manera completamente nueva, al contacto con el carisma del Movimiento! La vida cristiana practicada anteriormente, aún siendo coherente, en comparación parecía ensombrecida de orfandad. Ahora, de hecho, habíamos descubierto que Dios es amor, Dios es Padre. Nuestro corazón, habiendo vivido en el exilio de la noche de la vida, se abre y sube y se une con Aquel que lo ama, que piensa en todo, que cuenta incluso los cabellos de nuestra cabeza.

«Las circunstancias alegres o dolorosas adquieren un significado totalmente nuevo: todo está previsto y es querido por el amor de Dios. Ya nada puede darnos miedo. Es una fe apasionada, que fortifica, que nos hace exultar. Es una fe que conmueve a quien la experimenta por primera vez. Es un don de Dios que nos hace gritar: «Nosotros hemos creído en el amor» (Jn1 4,16). Con la elección de Dios, que es amor, como ideal de la vida, se definía el primer punto cardinal, el primer paso de esta nueva espiritualidad que brotaba en nuestros corazones. En consecuencia, habíamos encontrado por quién vivir, Dios amor».

## La voluntad de Dios

¿Qué actitud tenían que tener para demostrar a Dios que Él era efectivamente el centro de sus vidas? De hecho, Chiara y sus primeras compañeras se preguntaban cómo poner en práctica este nuevo ideal de vida: Dios Amor. Enseguida pareció obvio: tenían que amar a Dios. Sus vidas no tendrían ningún sentido si no fueran «una pequeña llama de este infinito fuego: amor que responde al Amor».

Y les parecía un don grande y sublime, tener la posibilidad de amar a Dios, hasta el punto de repetir frecuentemente: «No tenemos que decir: “debemos amar a Dios”, sino: “¡Poder amarte Señor! ¡Poderte amar con este pequeño corazón!”». Recordaban una frase del Evangelio que no dejaba y no deja escapatoria a quien quiere llevar una vida cristiana coherente: «No quien dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino aquél que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Mt. 7,21). Hacer la voluntad de Dios, por lo tanto, era la gran posibilidad que todas tenían para amar a Dios. De este modo, Dios y su voluntad coincidían.

Escribía Chiara: «Dios era como el sol. Y a cada uno de nosotros llegaba un rayo de este sol: la divina voluntad sobre mí, sobre mi compañera, sobre la otra. Un único sol, distintos los rayos, pero siempre “rayos de sol”. Único Dios, única voluntad, distinta para cada uno, pero siempre voluntad de Dios. Era necesario caminar por el propio rayo sin apartarse nunca. Y caminar durante el tiempo que poseíamos. No tenía sentido divagar sobre el pasado o fantasear acerca del futuro. Era necesario abandonar el pasado a la misericordia de Dios, ya que no lo poseíamos; y el futuro lo viviríamos plenamente cuando se hiciera presente.

«Sólo el presente estaba en nuestras manos. Para que Dios reinase en nuestra vida, tendríamos que concentrar en el presente, la mente, el corazón, las fuerzas, haciendo su voluntad.

Lo mismo que un viajero en el tren, no piensa en caminar por el vagón para llegar antes a la meta, sino que se deja llevar sentado; así nuestra alma, para llegar a Dios, tenía que hacer su voluntad, enteramente, en el momento presente, porque el tiempo camina por sí solo. Y no habría sido muy difícil entender lo que Dios quería de nosotros. Él manifestaba su voluntad

mediante los superiores, la Sagrada Escritura, los deberes del propio estado, las circunstancias, las inspiraciones... Minuto a minuto y ayudadas por la gracia actual, construiríamos el edificio de nuestra santidad; o mejor aún, haciendo la voluntad de Otro –de Dios mismo– Él se habría edificado a sí mismo en nosotros.

«Por lo tanto, hacer la voluntad de Dios no significa sólo “resignación”, como a menudo se entiende, sino la más grande divina aventura que le pueda tocar a una persona: la de seguir no la propia y mezquina voluntad, no los propios proyectos limitados, sino seguir a Dios y realizar el designio que Él tiene sobre cada uno de sus hijos; designio divino, sorprendente, riquísimo. Hacer la voluntad de Dios ha sido para nosotros el descubrimiento de un camino de santidad para todos. De hecho, la voluntad de Dios la puede vivir cada uno, en cualquier lugar, situación o vocación en la que se encuentre, puede ser el billete de ingreso de las masas a la santidad. Hacer la voluntad de Dios para amarlo se ha convertido en el segundo punto cardinal de nuestra espiritualidad de la unidad».

## La Palabra

El Evangelio. La aventura de la unidad iniciada por Chiara Lubich tenía un único “texto”: la Biblia, el Evangelio, la Palabra de Dios. Para ellas, sólo en las páginas del Evangelio existía la vida que conducía a Dios.

Fue en ese período que, no por casualidad, comenzó una práctica que ya Chiara había intuido cuando aún era maestra y que se generalizó en todo el mundo focolarino y no sólo: la “Palabra de vida”.

Vivían una frase del Evangelio y la novedad, para aquel tiempo, consistía en el hecho de que Chiara y sus primeras compañeras, para darse ánimo recíprocamente y para crecer juntas, compartían los frutos que la vida de la Palabra producía en sus vidas.

Escribía Chiara: “Estamos en tiempos de guerra. Cada vez que suena la sirena de las alarmas aéreas podemos llevar con nosotros al refugio solamente un pequeño libro: el Evangelio. Lo abrimos y esas palabras, si bien tan conocidas, se iluminan por el nuevo carisma, como si debajo de ellas se encendiera una luz, nos inflaman el corazón y nos empujan a ponerlas enseguida en práctica. Todas nos atraen y tratamos de vivirlas una a una. Yo leo para todas, por ejemplo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 19,19). El prójimo. ¿Dónde estaba el prójimo? Estaba allí, a nuestro lado, en todas esas personas afectadas por la guerra, heridas, sin casa, desnudas, hambrientas y sedientas. Inmediatamente nos dedicamos a ellas de muchas formas.

“El Evangelio asegura: “Pidan y obtendrán” (Mt 7,7). Pedimos para los pobres y –una cosa extraordinaria durante la guerra- ¡nos llega continuamente un sinfín de bienes! Un día, y este es uno de los primeros episodios que a menudo se cuenta, un pobre me pidió un par de zapatos n° 42. Sabiendo que Jesús se identificó con los pobres, dirijo al Señor esta oración, en la iglesia de Santa Clara del hospital que lleva el mismo nombre: “Dame un par de zapatos n° 42, para ti en ese pobre”. Saliendo de allí, una señorita me entrega un paquete. Lo abro: es un par de zapatos n° 42”.

“Leemos en el Evangelio: “Den y se les dará” (Lc 6,38). Damos, damos y siempre recibimos algo. Un día en nuestra casa tenemos una sola manzana. Se la damos al pobre que viene a pedir. Y esa misma mañana vemos llegar, quizás de parte de un

pariente, una docena. Damos también esa docena a otros que piden y esa misma tarde nos llega una maleta. Era así, siempre así”.

“Uno tras de otro, estos episodios sorprenden y encantan. Nuestra alegría es grande y contagiosa. Jesús lo había prometido y también ahora lo mantiene. Por lo tanto, Él no es una realidad sólo del pasado, sino del presente. Y el Evangelio es verdadero. Esta constatación da impulso al camino recién emprendido. Comunicamos lo que está sucediendo a quien pregunta por nuestra felicidad en tiempos y horas tan tristes; ellos no sienten que se encuentran con un grupo de chicas o con un Movimiento, sino con Jesús vivo”.

## 1.4 Amor al hermano

La aventura de las jóvenes de Trento unidas a Chiara no podía dejar indiferente ni a la población de la ciudad, en aquel momento pocas decenas de miles de habitantes, ni tampoco a la Iglesia trentina. El comportamiento de las jóvenes de la “casita” de Plaza Cappuccini, sede del primer “focolar”, asombraba a grandes y a pequeños. En aquel apartamento modesto los pobres se sentían en su casa. Incluso el problema social de la ciudad, desangrada por la guerra, era un problema que las jóvenes sentían suyo. Creían nada menos que lograrían resolverlo, sencillamente, creyendo que las palabras del Evangelio eran verdaderas. Amando al hermano, uno a uno.

Chiara escribió: “Entre todas las Palabras, nuestro carisma enseguida nos subrayó las que se refieren específicamente al amor evangélico hacia el prójimo y no solamente hacia los pobres, como cuando leímos en el Evangelio que Jesús dijo: “Cada vez que lo hicieron con el más

pequeño de mis hermanos (y se entiende con todos), lo hicieron conmigo” (Mt 25,40).

De consecuencia, nuestro viejo modo de concebir el prójimo y de amarlo cambió totalmente. Si Cristo de alguna manera estaba en todos, no se podían hacer discriminaciones, no se podían hacer preferencias. Cayeron los conceptos humanos que clasifican a los hombres: compatriota o extranjero, anciano o joven, guapo o feo, antipático o simpático, rico o pobre, Cristo estaba detrás de cada uno, Cristo estaba en cada uno. Y cada hermano era realmente “otro Cristo” – si la gracia enriquecía su alma – u “otro Cristo”, un Cristo in fieri – si todavía estaba lejos de Él.

“Viviendo así, nos dimos cuenta de que el prójimo era para nosotros el camino para llegar a Dios. Aún más, el hermano se nos presentaba como un arco bajo el cual era necesario pasar para encontrar a Dios. Y lo hemos experimentado desde los primeros días. ¡Qué unión con Dios por la noche, en la oración, o en el recogimiento, después de haberlo amado todo el día en los hermanos! ¿Quién nos daba ese consuelo, ese recogimiento interior tan nuevo, tan celestial, si no Cristo que vivía el “Den y se les dará” (Lc 6,38) de su Evangelio? Lo habíamos amado todo el día en los hermanos y ahora Él nos amaba a nosotros. ¡Qué útil ha sido este don interior para nosotros! Eran las primeras experiencias de la vida espiritual, de la realidad de un reino que no es de esta tierra. Así, en el maravilloso camino que el Espíritu nos mostraba, el amor al hermano fue un nuevo punto fundamental de nuestra espiritualidad”.

## Amor recíproco

El Evangelio que Chiara y sus compañeras leían en los refugios era un descubrimiento constante, un libro que, en el fondo, no conocían: nadie les había hablado de él en aquellos términos. “Jesús actúa siempre como Dios. Por poco que das, te colma de dones. Estás sola y te encuentras rodeada de mil madres, padres, hermanos, hermanas y de todo tipo de bienes que luego distribuyes a quién no tiene nada”.

De este modo, se consolidaba en ellas la convicción, porque estaba basada en la experiencia, de que no existía ninguna situación humana problemática que no encontrara una respuesta, explícita o implícita, en aquel pequeño libro que contenía palabras de cielo. Los adherentes del incipiente movimiento se sumergían en ellas, se nutrían de ellas, se evangelizaban nuevamente y experimentaban que cuanto Jesús decía y prometía se realizaba sin falta. El descubrimiento del “mandamiento nuevo” las inflamó hasta tal punto, que el amor recíproco se convirtió en su habitus, en su modo de ser. Y era ese amor, el que atraía a mucha gente a sus reuniones, de todas las edades y clases sociales. Amarse recíprocamente no era para ellas una opción, sino su propio modo de ser y de presentarse al mundo.

Escribía Chiara: “La guerra continuaba. Los bombardeos proseguían. Los refugios no eran suficientemente seguros y se preveía la posibilidad de presentarse pronto delante de Dios. Todo eso hacía nacer en nuestro corazón un deseo: poner en práctica en esos momentos, que podían ser los últimos de nuestra vida, la voluntad de Dios que Él más deseara. Recordamos, entonces, el mandamiento que Jesús dice suyo y nuevo: “Este es mi mandamiento: ámense los unos a los otros, como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos”. (Jn 15, 12-13).

“Decíamos que Jesús, como un emigrante, nos trajo de su patria sus usos y costumbres. Dándonos “su” mandamiento trajo a la tierra la ley del Cielo, que es el amor entre las tres personas de la Santísima Trinidad. Nos miramos a los ojos y dijimos: “Yo estoy dispuesta a morir por ti”. “Yo por ti”. Todas por cada una. Y si estábamos dispuestas a dar la vida la una por la otra, era lógico que, mientras tanto, era necesario responder a las mil exigencias que el amor fraterno requería: era necesario compartir las alegrías, los dolores, los pocos bienes, las experiencias espirituales. Nos esforzamos en vivir así para que el amor recíproco estuviera vivo entre nosotras, antes que cualquier otra cosa.

“Un día, en el primer focolar, sacamos del armario nuestras pocas y pobres cosas y las agrupamos en el centro de la habitación, para luego dar a cada una aquel poco que le podía servir y el superfluo a los pobres. Dispuestas a poner el sueldo en común, y todos los pequeños y grandes bienes que teníamos o que habríamos recibido. Dispuestas a poner en común también los bienes espirituales... El mismo deseo de santidad lo pospusimos a una única elección: Dios, que excluía cualquier otro objetivo, pero incluía, obviamente, la santidad que Él había pensado para nosotras”.

“Luego, cuando se encontraron dificultades obvias por las imperfecciones de cada una, decidimos no mirarnos con ojos humanos que ve la paja en el ojo del otro, sin ver la viga en el propio ojo, sino tener una mirada que todo perdona y olvida . Y sentimos tan importante el perdón recíproco, a imitación de Dios misericordioso, que nos lo propusimos como una especie de voto de misericordia entre nosotras: es decir, levantarnos cada mañana y vernos como personas “nuevas” que no han percibido aquellos defectos”.

## Jesús Eucaristía

La Eucaristía siempre ha desempeñado un papel importante en la vida de Chiara Lubich, ya desde su infancia. Su vida personal y también la de sus primeras compañeras – como luego lo será de todo el movimiento que se constituirá con el tiempo – fueron marcadas por la Eucaristía. No podría ser de otro modo, si se piensa que Jesús Eucaristía es el alma, el corazón de la propia vida de la Iglesia. El Espíritu Santo, a través del carisma de la unidad, provocó en Chiara y en sus primeras compañeras una fuerte atracción hacia ella, hasta tal punto que deseaban ardientemente que llegara la hora de ir a Misa, para compartir con Jesús Eucaristía toda su vida.

Más tarde, cuando comenzaron a viajar por Italia, las primeras focolarinas buscaban con gran interés los campanarios que se veían en el paisaje a través de la ventanilla del tren, dirigiendo la mirada hacia ellos: allí estaba la Eucaristía, allí estaba su amor. Existe una conexión maravillosa entre la Eucaristía y la espiritualidad de la unidad.

Chiara escribió: “Si el Señor, para dar comienzo a este extenso movimiento, nos concentró en la oración de Jesús por la unidad, significa que Él debía empujarnos con fuerza hacia Aquel que únicamente lo podía realizar: Jesús en la Eucaristía. En efecto, de la misma forma que los niños recién nacidos se alimentan del seno materno instintivamente, sin saber lo que hacen, así, ya desde el comienzo del movimiento, advertimos un hecho: los que entraban en contacto con nosotros comenzaban a recibir diariamente la Comunión ¿Qué explicación tiene esto? Lo que es el instinto para el niño recién nacido, es el Espíritu Santo para el adulto, recién nacido a la nueva vida que surge del Evangelio de la unidad. Es impulsado

al “corazón” de la Madre Iglesia y se alimenta del néctar más precioso que ella posee, en el cual encuentra el secreto de la vida de unidad y de la propia divinización”.

“En efecto, la Eucaristía tiene como fin hacernos Dios por participación. Mezclando la carne vivificada -por el Espíritu Santo- y vivificante de Cristo con la nuestra, nos diviniza en el alma y en el cuerpo. La misma Iglesia se podría definir: el ‘uno’ provocado por la Eucaristía, porque está formada por mujeres y hombres divinizados, hechos Dios, unidos a Cristo, que es Dios y entre ellos. Este Dios con nosotros está presente en todos los sagrarios de la tierra y ha recogido siempre todas nuestras confidencias, nuestras alegrías, nuestros temores”.

“¡Cuánto consuelo nos ha proporcionado Jesús Eucaristía en nuestras pruebas, cuando nadie nos daba audiencia porque el movimiento tenía que ser examinado! Él estaba siempre allí, a todas horas, esperándonos y diciéndonos: en realidad el jefe de la Iglesia soy yo. ¿Quién nos dio fuerzas en las luchas y en los sufrimientos de todo tipo, hasta pensar que podríamos haber muerto muchas veces si Jesús Eucaristía y Jesús en medio, que Él alimentaba, no nos hubiesen sostenido?”.

## Unidad

En 1944, durante el mes de mayo, en el sótano oscuro de la casa de Natalia Dallapiccola, donde ella había trasladado su habitación para protegerse de los bombardeos, a la luz de una vela, Chiara y sus amigas de Trento leían el Evangelio, como ya era su costumbre. Lo abrieron al azar, y encontraron la oración de Jesús antes de morir: “Padre, que todos sean uno” (Jn 17,21). Este es un texto evangélico extraordinario y complejo, el “testamento de Jesús”, estudiado por exegetas y teólogos de

toda la cristiandad; pero un poco olvidado en aquella época porque era misterioso para la mayoría. Ese pasaje de San Juan podría haber parecido difícil para jóvenes como Chiara, Natalia, Doriana y Graziella, sin embargo intuyeron que esa sería “su” palabra evangélica, la unidad.

Uno de esos días, en Trento, en el puente Fersina, Chiara dijo a sus compañeras: “he comprendido cómo tenemos que amarnos según el Evangelio: hasta consumarnos en uno”. Más tarde, en la Navidad de 1946, las jóvenes eligieron como lema una frase radical: “O la unidad o la muerte”.

Chiara escribió en el 2000: “Un día estaba allí con mis compañeras y, abriendo el pequeño libro, leímos: “Padre, que todos sean uno” (Jn 17,21). Fue la oración de Jesús antes de morir. Por su presencia entre nosotras y por un don de su Espíritu, me pareció comprender algo de esas palabras difíciles y fuertes, y nació en mi corazón la convicción de que habíamos nacido para esa página del Evangelio: para la unidad, es decir para contribuir a la unidad de los hombres con Dios y entre sí.”.

“Algún tiempo después, conscientes de la audacia divina del programa que sólo Dios podía actuar, arrodilladas en torno a un altar, le pedimos a Jesús que realizara ese anhelo suyo, sirviéndose también de nosotras si estaba en sus planes. Al principio, con frecuencia, frente a la inmensidad de ese cometido, nos asustábamos, y viendo las multitudes que habríamos tenido que atraer a la unidad, nos venía el desaliento. Pero, poco a poco, suavemente, el Señor nos hizo comprender que nuestra tarea era como la de un niño que tira una piedra en el agua y en torno a esa piedra, se producen círculos cada vez más grandes que, si se quiere, se pueden imaginar indefinidos. Entonces comprendimos que nosotros tenemos que construir la unidad a nuestro alrededor, en el ambiente donde estamos, y luego – cuando llegemos al cielo

– podremos ver los círculos que se agrandan, hasta realizar, al final de los tiempos, el plan de Dios”. “Para nosotros estaba claro desde el principio, que esta unidad sólo tenía un nombre: Jesús. Ser uno, para nosotros, significaba ser Jesús, ser todos Jesús. En efecto, sólo Cristo puede hacer de dos uno, porque su amor que es anulación de sí mismo, que no es egoísmo, nos hace entrar hasta el fondo en el corazón de los demás”. “Lo que escribía en aquellos tiempos revela la maravilla frente a una realidad sobrenatural tan sublime: ¡La unidad! Pero ¿quién tendrá la audacia de hablar de ella? ¡Es inefable como Dios! Se siente, se ve, se goza de ella, pero... ¡es inefable! Todos gozan de su presencia, todos sufren por su ausencia. Es paz, gozo, amor, ardor, clima de heroísmo, de inmensa generosidad. ¡Es Jesús entre nosotros!”.

## Jesús Abandonado

En el verano de 1949, Giordani fue a visitar a Chiara que estaba descansando en el valle de Primiero, en Tonadico, en las montañas de la zona de Trento. Junto con la comunidad vivían intensamente el pasaje del Evangelio sobre el abandono de Jesús. El 12 de julio Chiara escribió: “¡Jesús abandonado! Lo importante es que cuando pasa, estemos atentos a escuchar lo que nos quiere decir, porque siempre tiene cosas nuevas para decirnos. Jesús abandonado nos quiere perfectos: Jesús es el único maestro y él se sirve de todas las circunstancias para plasmarnos, para limar los ángulos de nuestro carácter, para santificarnos. Lo único que tenemos que hacer es interpretar todas las voces de las circunstancias como su voz. Todo lo que sucede a mi alrededor, sucede para mí, todo es una expresión coral del amor de Dios hacia mí”.

Al final de aquel verano, descendieron desde Primiero a la ciudad. En una hoja timbrada de la Cámara de Diputados que Giordani le dejó, Chiara escribió sin interrupción aquella obra maestra que inicia con un verso ya célebre: “Tengo un sólo esposo en la tierra, Jesús abandonado... “. El descenso de aquel “pequeño Tabor” indica que Jesús Abandonato es el camino hacia la unidad: “Iré por el mundo buscándolo en cada instante de mi vida”, estaba escrito en aquella hoja. Jesús Abandonado es, entonces, el “secreto” de la unidad.

Chiara escribirá en el 2000: “Desde el principio comprendimos que todo tiene otra cara, que el árbol tiene sus raíces. El Evangelio te cubre de amor, pero lo exige todo. ‘Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere – leemos en San Juan – queda solo; pero si muere, da mucho fruto’ (Jn 12,24). Y la personificación de esto es Jesús crucificado, cuyo fruto fue la redención de la humanidad. ¡Jesús crucificado! En un episodio de aquellos primeros meses del 1944 tuvimos una nueva comprensión de él. En una circunstancia supimos que el dolor más grande que Jesús había sufrido, y por lo tanto, su mayor acto de amor, fue cuando en la cruz experimentó el abandono del Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Nos dejó profundamente impresionadas. Y la juventud, el entusiasmo, pero sobre todo la gracia de Dios, nos impulsaron a elegirlo precisamente a Él en su abandono, como camino para realizar nuestro ideal de amor”.

“Desde aquel momento, nos pareció descubrir su rostro por todas partes. Él, que experimentó en sí mismo la separación de los hombres de Dios y entre ellos, y había sentido al Padre lejos de él, lo reconocimos no solamente en todos los dolores personales, que no han faltado, y en los de los prójimos, a menudo solos, abandonados, olvidados, sino también en todas las divisiones, los traumas, las rupturas, las indiferencias

recíprocas, grandes o pequeñas: en las familias, entre las generaciones, entre pobres y ricos; a veces en la misma Iglesia; y, más tarde, entre las distintas Iglesias; como más adelante entre religiones y entre los que creen y los que tienen otras convicciones”.

“Pero todos estos desgarros no nos han asustado; al contrario, por el amor a él abandonado, nos han atraído. Y él mismo nos ha enseñado cómo afrontarlas, como vivirlas, cómo contribuir a superarlas cuando, después del abandono, volvió a poner su espíritu en las manos del Padre: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46), con lo que permitió a la humanidad recomponerse en sí misma y con Dios, y le indicó el modo. Por eso él se manifestó como llave de la unidad, remedio para toda desunidad. Él era el que recomponía la unidad entre nosotros cuando se rompía. Él era aquel en el que reconocíamos y amábamos las grandes y trágicas divisiones de la humanidad y de la Iglesia. Él se convirtió en nuestro único Esposo. Y nuestra convivencia con un Esposo así ha sido tan rica y fecunda que me ha llevado a escribir un libro, como una carta de amor, como un canto, un himno de alegría y de gratitud a Él”.

## María

María, la Madre de Dios, estuvo presente en la vida del movimiento desde el inicio, incluso antes, como testimonia el episodio de Loreto del 1939, cuando Chiara Lubich fue a visitar la casita de la familia de Nazaret.

Chiara recordó innumerables veces un episodio que vivió bajo un terrible bombardeo, que podía ser fatal para ella y sus primeras compañeras, cuando percibió personalmente algo

referente a María: “Llena de polvo, que invadía todo el refugio – recordaba – levantándome del suelo casi de milagro, en medio de los gritos de los presentes, dije a mis compañeras: ‘He sentido un dolor agudo en el alma, ahora, mientras estábamos en peligro: el dolor de no poder volver a recitar aquí en la tierra el Ave María’. Entonces no podía captar el sentido de esas palabras y de ese sufrimiento. Quizás expresaba inconscientemente la idea de que, si salvábamos la vida, con la gracia de Dios, podríamos dar gloria a María con la obra que estaba punto de nacer”.

De consecuencia, que el Movimiento de los Focolares tenga como nombre oficial “Obra de María”, no sorprende. Ni que haya llamado ‘Mariápolis’ a sus principales encuentros y a las ciudadelas permanentes. Y que cada centro de congresos sea llamado un ‘Centro Mariápolis’; como Mariápolis es también es el nombre de una revista.

Chiara escribirá en el 2000: “ María había utilizado para nuestro Movimiento el mismo método que con la Iglesia: mantenerse en la sombra para dejarle todo el protagonismo a quien lo debía tener: a su hijo, que es Dios. Pero cuando llegó el momento de su entrada «oficial» –por así decir– en nuestro Movimiento, ella se mostró –o mejor, Dios nos la reveló– grande en la misma medida en que había sabido desaparecer. Fue en 1949 cuando María le dijo verdaderamente a nuestro corazón algo de sí misma. Aquel fue un año de gracias especiales, quizá un «período iluminativo» de nuestra historia. Comprendimos que María, engastada cual criatura única y singular en la Santísima Trinidad, era toda Palabra de Dios, estaba toda revestida de ella. Y si el Verbo, la Palabra, es la belleza del Padre, María, Palabra de Dios materializada, tenía una belleza incomparable.

Tuvimos una impresión tan fuerte ante esta comprensión, que hasta ahora no la hemos podido olvidar; es más, comprendemos por qué entonces nos parecía que sólo los ángeles podían balbucear algo de ella. El verla así nos atrajo a ella, y nació un amor nuevo por ella. Amor al cual ella respondió evangélicamente, manifestándose a nuestra alma más claramente como lo que era: Madre de Dios, Theotókos. Es decir, no sólo como la jovencita de Nazaret, la criatura más bella del mundo, el corazón que contiene y supera todos los amores de las madres del mundo, sino como Madre de Dios. Y en ese momento, no sin una gracia de Dios, María nos reveló una nueva dimensión suya que hasta entonces nos había sido completamente desconocida. Sí, porque antes, por poner una comparación, veíamos a María ante Cristo y los santos como se ve la luna (María) en el cielo frente al sol (Cristo) y a las estrellas (los santos). Ahora no: la Madre de Dios envolvía, como un enorme cielo azul, al mismo sol (...) “

Pero esta comprensión nueva y luminosa de María no se quedaba en pura contemplación (...). Nos resultó claro que María representaba para nosotros el modelo, nuestro “deber ser” y cada uno de nosotros por nuestra parte nos veíamos como un “poder ser” María.

## La Iglesia

Todavía en los años Cuarenta, en los albores del movimiento, un día el obispo mandó llamar a las jóvenes de Trento. No conociendo el motivo, Chiara estaba preocupada. Por esto, las jóvenes se presentaron en el imponente edificio del obispado, en la plaza Fiera después de haber rezado mucho. Expusieron lo que estaban haciendo en la ciudad, una

verdadera revolución estaba naciendo en sus manos, casi sin que se dieran cuenta. Sin embargo, como declararon ellas mismas, estaban dispuestas incluso a destruir todo lo que se había construido en aquellos meses extraordinarios, si él lo hubiera deseado.

“En el obispo – pensaban – habla Dios”. A ellas sólo les importaba Dios, nada más.

Mons. Carlo De Ferrari, (estigmatino), en aquella ocasión escuchó a Chiara y a sus primeras compañeras, les sonrió, y pronunció sencillamente una frase que quedará en los anales: “Aquí está el dedo de Dios”.

Su aprobación y su bendición acompañarán el movimiento hasta su muerte; como ocurrió, por ejemplo, cuando, multiplicándose el número de chicas y chicos que querían formar parte del focolar, dejando casa y bienes, el obispo estuvo de acuerdo en que se podía realizar sólo con el consentimiento de los padres. Y esto permitió que cesaran muchos rumores. La Iglesia era una realidad cuya existencia e importancia eran una certeza absoluta para Chiara y sus primeras compañeras. Con el tiempo la espiritualidad de la unidad llevó a concebir la Iglesia esencialmente y fundamentalmente como comunión.

Chiara escribía en el 2000: “Una palabra del Evangelio nos impresionó de modo particular. Es siempre de Jesús: «Quien los escucha a ustedes [a los apóstoles] me escucha a mi» (Lc 10, 16) (...). El carisma nos introducía de un modo totalmente nuevo en el misterio mismo de la Iglesia, viviendo nosotras mismas como una pequeña Iglesia. Anticipando en muchos años la definición conciliar de Iglesia-comunión, la espiritualidad de la unidad nos hacía experimentar y comprender lo que significaba ser Iglesia y vivirla con mayor conciencia. Y comprendíamos que era lógico que fuese así, por la misma presencia de Cristo entre nosotros.

A fuerza de estar en el fuego nos convertimos en fuego, y a fuerza de tener a Jesús en medio de nosotros nos convertimos en otro Cristo. San Buenaventura dijo: «Donde dos o tres están unidos en el nombre de Cristo, allí está la Iglesia»; y Tertuliano: «Donde tres [están reunidos], aunque sean laicos, allí está la Iglesia». Por Cristo en medio de nosotros, que nos hacía Iglesia, nacía en todas nosotras una auténtica pasión por ella. Y del amor nacía una nueva comprensión de ella, donde todo cobraba vida para nosotras: comprendíamos los sacramentos como nuevos. Se iluminaban los dogmas. Este nuestro ser Iglesia en virtud de la comunión de amor que nos unía y este injertarnos en su realidad institucional nos hacía sentirnos a gusto y experimentar, incluso en los momentos más difíciles, su maternidad.

## Espíritu Santo

El Espíritu Santo es indudablemente un “Dios desconocido”. Se habla mucho sobre él, pero pocos saben quién es, cómo actúa, cuáles son las bellezas y fantasías divinas de las que se reviste. Sin manifestarse directamente, Chiara Lubich y sus primeras compañeras advirtieron que Él actuaba desde los primeros latidos de vida del movimiento. Un Dios, por así decir, que se mantuvo escondido con delicadeza, enseñándoles qué es el amor, él que lo personifica. Él, el comunicador, el amor entre el Padre y el Hijo, él el “soplo ligero”.

Escribe Chiara: “Hemos asistido durante toda nuestra nueva vida, a su acción día tras día, a veces dulce, a veces fuerte, a veces hasta violenta; y casi no nos dimos cuenta de él. Pero desde la primera elección de Dios amor, la luz que iluminaba las palabras del Evangelio, desde la revelación de

Jesús abandonado, la alegría, la paz y la luz que sentíamos brotar en nuestros corazones, viviendo el mandamiento nuevo, no fue otro que el Espíritu Santo que actuaba. Realmente podríamos reescribir la historia del movimiento, atribuyéndola toda al Espíritu Santo. Sólo ahora vemos, en efecto, que él fue el gran protagonista de nuestra aventura, quien movió todo.

“Pero ahora que él se reveló por lo que realmente fue para nosotros, podemos encontrar sus huellas luminosas, en innumerables signos de su acción constante e imprevisible. Aquella voz interior que nos guiaba en el nuevo camino, aquella atmósfera particular que se percibía en el aire de nuestros encuentros, aquella potente liberación de energías latentes, que purifica y renueva, aquella alquimia divina que transforma el dolor en amor, aquellas experiencias de muerte y resurrección: todo esto y muchos otros fenómenos sorprendentes que acompañaron nuestro camino de vida, tienen sólo un nombre, que aprendimos a reconocer, para estarle infinitamente agradecidos y sentirnos animados a pedirle su intervención en todos nuestros asuntos cotidianos, desde los más simples a los más exigentes. Él nos dio el coraje para afrontar las muchedumbres, para dejar la propia patria, para afrontar dificultades, adversidades, a menudo con alegría. Pero el efecto más profundo, más radical, más característico es ser entre nosotros vínculo de unidad”.

“Nuestra mística, en efecto, supone al menos dos personas transformadas en Dios por participación, entre quienes circula verdaderamente el Espíritu Santo, es decir, un tercero, Dios, que las une en uno, en un sólo Dios: ‘Como yo y tú’, dice Jesús al Padre. El Espíritu Santo es el don que Jesús nos hizo para que fuéramos uno como él y el Padre. Sin dudas, el Espíritu Santo ya antes estaba en nosotros, porque somos cristianos; pero aquí hubo una nueva iluminación, una nueva

manifestación suya dentro de nosotros, que nos hace partícipes y actores de una nueva Pentecostés, junto a todos aquellos movimientos eclesiales que hacen nuevo el rostro de la Iglesia”.

## Jesús en medio

Tal vez nada explique mejor la experiencia que las focolarinas hicieron desde el principio – es decir vivir, como enseguida aprendieron a decir, “con Jesús en medio de ellas” – como las palabras de los discípulos después del encuentro con el Señor resucitado en Emaús:

“¿No nos ardía el corazón cuando nos hablaba por el camino?” (Lc 24, 32). Jesús es siempre Jesús, y aunque sólo esté presente espiritualmente, cuando lo está explica las Escrituras y arde en el pecho la caridad de Cristo: la vida. Cuando lo hemos conocido, nos lleva a decir con infinita nostalgia: “Quédate con nosotros, Señor, porque anochece” (Lc 24, 29).

La experiencia de los discípulos de Emaús es esencial para quienes se refieren a la espiritualidad de la unidad. Porque nada tiene valor en el movimiento si no se busca y se obtiene la presencia prometida por Jesús entre los suyos – «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20) – una presencia que vivifica, que amplía los horizontes, que consuela y que estimula a la caridad y a la verdad.

Escribía Chiara: “Habiendo puesto en práctica el amor recíproco, sentimos en nuestra vida una nueva seguridad, una voluntad más decidida, una plenitud de vida. ¿Cómo era posible? Pronto resultó evidente: por este amor se realizaban entre nosotras las palabras de Jesús: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre [o sea, en mi amor], allí estoy yo en

medio de ellos” (Mt 18, 20). Jesús, silenciosamente, se había introducido como hermano invisible en nuestro grupo. Y ahora la fuente del amor y de la luz estaba allí presente en medio de nosotras. Ya no quisimos perderlo. Y comprendíamos mejor lo que podía ser su presencia cuando, por una falta nuestra, la perdíamos.”

“Pero en aquellos momentos no tratábamos de volver al mundo que habíamos dejado: la experiencia de “Jesús en medio de nosotras” era demasiado fuerte para que nos atrajesen las vanidades del mundo, que su divina presencia había reducido a ínfimas proporciones. Más bien, igual que un náufrago se aferra a cualquier cosa para poder salvarse, también nosotras buscábamos cualquier método sugerido por el Evangelio para poder recomponer la unidad rota. Y así como dos troncos cruzados alimentan un fuego consumiéndose a sí mismos, de igual modo, si queríamos vivir con Jesús constantemente presente en medio de nosotras, era necesario vivir en cada momento todas las virtudes (paciencia, prudencia, mansedumbre, pobreza, pureza...) que se nos piden para que la unidad sobrenatural con los hermanos no decaiga. Comprendíamos que Jesús en medio de nosotras no era un estado adquirido de una vez para siempre, porque Jesús es vida, es dinamismo (...).”

“Donde dos o más...»: cuando hemos puesto en práctica estas palabras divinas y misteriosas, con frecuencia nos han parecido maravillosas. Donde dos o más... y Jesús no especifica quién. Deja el anonimato. Donde dos o más... sean quienes sean: dos o más pecadores arrepentidos que se unen en su nombre; dos o más chicas, como éramos nosotras; dos de los cuales uno es mayor y el otro pequeño... Donde dos o más... Y al vivirlas, hemos visto caer barreras en todos los frentes. Donde dos o más... de patrias distintas: y caían los

nacionalismos. Donde dos o más... de razas distintas: y caía el racismo. Donde dos o más... incluso entre personas que de por sí se han considerado siempre opuestas por cultura, clase, edad... Todos podían, o mejor, debían unirse en el nombre de Cristo (...).”

“Jesús en medio de nosotros: fue una experiencia formidable. Su presencia premiaba sobreabundantemente cualquier sacrificio que hiciésemos, justificaba todos nuestros pasos por este camino, hacia él y por él, daba un sentido justo a las cosas y a las circunstancias, aliviaba los dolores, templaba la demasiada alegría. Y todo aquel de entre nosotros que, sin sutilezas ni razonamientos, creía en sus palabras con el encanto de un niño y las ponía en práctica, gozaba de este paraíso anticipado que es el reino de Dios en medio de los hombres unidos en su nombre.”

## Vivir el carisma

La vida del hombre no debería estar hecha de compartimentos estancos, como desgraciadamente sucede a menudo. Nada de vidas dobles, triples o cuádruples. Nada de comportamientos diferentes cuando se está en familia, en el trabajo o en la parroquia, en el club deportivo, la escuela o la universidad.

La “cultura de la unidad” que surge del “carisma de la unidad” lleva a la persona que se adhiere a una plena realización de su potencial humano, a la luz de los principios del Evangelio. Este modo de vivir unitario no puede dejar de tener un reflejo en cada uno de los ámbitos en los cuales la persona se encuentra, vive y actúa.

Escribía Chiara Lubich en 1968: “El amor es luz, es como un rayo de luz que, cuando atraviesa una gota de agua, se despliega en un arco iris, en el que se pueden admirar sus siete colores. Son todos colores de luz que, a su vez, se despliegan en infinitas gradaciones. Y así como el arco iris es rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo/añil y violeta, el amor, que es la vida de Jesús en nosotros, asumiría distintos colores, se expresaría de varias maneras, diferente una de otra:

**Rojo.** «El amor, por ejemplo, es comunión, lleva a la comunión. Jesús en nosotros, porque es Amor, realizaría la comunión.

**Naranja.** El amor no se encierra en sí mismo, es difusivo de por sí. Jesús en nosotros, el Amor, sería irradiación de amor.

**Amarillo.** El amor eleva el alma. Jesús en nosotros elevaría nuestra alma a Dios. Y esto es la oración.

**Verde.** El amor sana. Jesús, el centro del amor, sería la salud de nuestra alma.

**Azul.** El amor reúne a las personas en asamblea. Jesús en nosotros, porque es Amor, reuniría los corazones.

**Índigo.** El amor es fuente de sabiduría. Jesús en nosotros, el Amor, nos iluminaría.

**Violeta.** El amor compone a muchos en uno, es unidad. Jesús en nosotros nos fundiría en uno.

Éstas son las siete expresiones principales del amor que teníamos que vivir. El siete sirve para indicar un número al infinito”.

## Economía y trabajo

La conciencia de que Dios muestra su amor a través de las circunstancias de la vida, incluso los más dolorosos, hizo que las primeras focolarinas, en peligro de muerte bajo las bombas de la guerra, deseara reunirse en una sola tumba con las palabras: "Hemos creído en el amor”.

La conciencia de ser amado por Dios los había hecho capaces de estar listos para dar la vida el uno al otro. Esto también tuvo como consecuencia lógica el compartir todos los bienes materiales y la comunión de cada aspiración, de cada miedo y sueño.

Le contó a una de las primeras focolarinas, Giosi Guella, sobre la primera convivencia hecha por Chiara Lubich y sus primeras compañeras: "No había nada en Piazza Cappuccini. Al mismo tiempo, había todo: para nosotros y para los demás. Era lógico que no hubiera nada: si había algo, se daba. Trajimos nuestros salarios a casa, los pusimos en común ”.

Incluso el trabajo, el cuidado del presupuesto del hogar, el estudio, la enseñanza, la limpieza como un servicio, se

convirtieron en una oportunidad para amarse concretamente. El servicio fue la regla de vida para la comunidad que se formó alrededor del primer foco y recordó a los primeros cristianos que "eran un solo corazón y una sola alma y no había necesidad de ellos" (ver Hechos 4: 32- 35).

Quienes se adhieren al Carisma de la Unidad, de una manera u otra y como consecuencia natural de la comunión de corazones, comparten sus propias cosas: quién todo, quién algo, quién lo superfluo. De esta comunión nació un amplio proyecto, tanto desde el punto de vista práctico como teórico, la Economía de Comunión, que es la expresión madura de una manera integral de concebir a la persona y el servicio que se le brinda. Cientos de emprendedores en el mundo se unen a él. En las empresas de Economía de Comunión, el trabajo se concibe como ennoblecimiento del hombre, la justicia se persigue con tenacidad y la legalidad se busca día tras día.

Chiara Lubich escribe: «La carta magna de la doctrina social cristiana comienza donde María canta:« Ha derrocado a los poderosos de los tronos, ha levantado a los humildes; ha llenado de hambre a los hambrientos, ha enviado vacíos a los ricos "(Lc 1: 52-53). En el evangelio es la revolución más alta y abrumadora. Y tal vez sea en los planes de Dios que, incluso en esta era, inmersos en la solución de los problemas sociales, la Virgen nos dé una mano a todos los cristianos para construir, consolidar, erigir y mostrar al mundo una nueva sociedad en la que el poderoso se hace eco del Magnificat".

## Testimonio y difusión

La alegría de ser amados por Dios no se puede ocultar. Es el descubrimiento del hilo de oro que une todos los hechos de

la existencia, es la tesela que completa el mosaico de la humanidad en el que todos los hombres están injertados. Es la alegría auténtica. Se lee en el rostro, en los ojos, en los gestos. Tiene su raíz en lo más profundo del ser humano y libera energías sepultadas que no pueden dejar de actuar. Alegría que contagia y libera y ayuda a leer los hechos de la vida.

Esta experiencia fue el único testimonio que caracterizó los primeros tiempos del Movimiento y es la vía sobre la cual camina quien se acerca a él

## Espiritualidad y oración

Contaba Natalia Dallapiccola, la primera chica del núcleo inicial que siguió a Chiara Lubich en la aventura del focolar: «Una noche alrededor de una mesa, la única superviviente de varios muebles, a la luz de la vela, porque por los apagones no se podía usar la luz eléctrica, Chiara leyó en el Evangelio: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado. De esto reconocerán que son mis discípulos: si se aman los unos a los otros”.

Estas palabras –prosiguió Natalia- cayeron como gasolina sobre el fuego. Nosotros queríamos saber cuál era el deseo más profundo de Jesús, una palabra que nos dijera enseguida lo que Él quería de nosotros. Y he aquí la palabra síntesis, el eureka de nuestra búsqueda».

Y concluía: «Entonces, antes de ir a la escuela, antes del trabajo en la oficina, antes de comprar algo, incluso antes de ir a los pobres, antes de rezar, es necesario que tengamos entre nosotros el mismo amor de Jesús –nos dijimos- porque esto es lo que Él quiere. Cuando salimos de allí sentíamos que la vida

había cambiado, tenía un sabor diferente, había encontrado su verdadero sentido».

La vida de oración, personal, es la linfa vital para cualquiera que se adhiere a la “espiritualidad de la unidad”. La relación con Dios es el fundamento de toda acción. Pero esta vida de oración es también una experiencia profundamente comunitaria: desde los cantos que se entonaban en las vacaciones frecuentes en las montañas trentinas de los años Cincuenta, hasta los musicales actualísimos de los conjuntos Gen Verde y Gen Rosso, desde la participación en la liturgia hasta las oraciones de la noche en las comunidades esparcidas en el mundo, en todas sus acciones los focolarinos viven la “espiritualidad de comunión”. Esta comunión no se limita a una oración interior, sino que se refleja en la vida personal y social. Nace, por ejemplo, una medida elevada de justicia, una necesidad de legalidad absoluta, como trata testimoniar a través de distintas iniciativas, “Comunión y Derecho” .

Escribe Chiara Lubich: «Nosotros tenemos una vida interior y una vida externa. Una florece de la otra; una es raíz de la otra; una de la otra es copa del árbol de nuestra vida.

«La vida interior se alimenta de la vida externa. En la medida en que penetro en el alma del hermano, penetro en Dios dentro de mí; en la medida en que penetro en Dios dentro de mí, penetro en el hermano.

«Dios-yo-el hermano: es todo un mundo, es todo un reino...»

Y todavía: «Cuanto más crece el amor por los hermanos, más aumenta el amor por Dios».

## Naturaleza y vida física

Las estaciones de la vida del individuo y de la colectividad manifiestan su objetivo específicos si se viven plenamente. Adherir al tiempo que se vive, lleva a descubrir el mensaje que cada instante contiene.

Recita el salmo : “Enséñanos a contar nuestros días y adquiriremos un corazón sabio” (Sal. 90 , 12) Esta sabiduría es la madre que nos enseña a reconocer lo que no pasa nunca y lo que se manifiesta de la eternidad a través del tiempo. Sana los temores, deshace la ansiedad, colma los vacíos, abre nuestro corazón hacia el prójimo.

“La enfermedad me ha sanado –escribe una madre- me ha dado una visión completa de la existencia que el frenesí de la vida me había quitado. Ahora me parece que sé amar a mi familia”.

Caridad que se perpetúa en el tiempo son las biografías que nos recuerdan a los que han pasado por esta tierra antes que nosotros y permiten que el mensaje de su existencia llegue hasta nosotros. Es la comunión de los santos.

Este aspecto subraya la relación del hombre no sólo con la Vida sino también con la Muerte.

Chiara Lubich en 1973 escribió: “Si hoy tuviese que dejar esta tierra y me pidiesen una última palabra para expresar nuestro Ideal, les diría -segura de que me comprenderán en el sentido más exacto- : “Sean una familia”.

¿Hay entre ustedes quienes sufren por pruebas espirituales o morales? Compréndanlos como y más que una madre, ilúminenlos con la palabra o con el ejemplo. No dejen que les falte, es más, incrementen alrededor de ellos el calor de la familia.

¿Hay entre ustedes quienes sufren físicamente? Que sean los hermanos predilectos. Sufran con ellos. Traten de comprender hasta el fondo sus dolores. Háganlos partícipes de

los frutos de su vida apostólica para que sepan que ellos han contribuido más que los demás.

¿Hay quien muere? Imaginen que ustedes están en su lugar y hagan cuanto desearían que les hicieran a ustedes hasta el último instante.

¿Hay alguien que goza por un logro o por cualquier motivo? Gocen con él para que su consolación no se vea entristecida y el ánimo no decaiga, sino que la alegría sea de todos.

¿Hay alguien que se va? No dejen que se vaya sin haberle llenado el corazón de una sola herencia: el sentido de la familia, para que lo lleve adonde lo han destinado.

No antepongan nunca ninguna actividad de ningún tipo, ni espiritual ni apostólica, al espíritu de familia con los hermanos con los que viven”.

## Armonía y ambiente

«Para nosotros cada objeto debe tener un sentido», repetía Marilen Holzhauser, una de las primeras focolarinas. La sobriedad, la esencialidad, fueron para las primeras compañeras de aventura de Chiara Lubich, el estilo de vida, la decoración, el vestir. La belleza revela así el misterio de una flor que sólo consume lo que necesita y muestra de esta forma su auténtica belleza. La belleza se convierte en esplendor de la verdad. La armonía de la esencialidad hace descubrir que «la belleza salvará al mundo» y qué belleza salvará al mundo.

En la Carta a Diogneto, se lee a propósito de los primeros cristianos: «Viviendo en ciudades griegas o bárbaras, donde está cada uno, y adaptándose a las costumbres locales en el

vestido, en la comida y en todo el resto, dan un testimonio de vida social admirable y sin duda sorprendente».

Todo esto se refleja en la vida concreta de aquellos que se adhieren al “espíritu de la unidad”. Por ejemplo, los “Centros Mariápolis”, que acogen congresos y cursos de formación y las Ciudadelas de vida común, 22 en todo el mundo, son realidades concretas que se proponen restaurar en su integridad humana las relaciones sociales. De igual modo, la producción de los Centro Ave y Azur, y las reuniones de “Art’è”, así como las obras de arte de pintores, músicos, pianistas, bailarines,... quieren expresar la continua novedad de Dios, fuente de belleza y armonía.

Escribía Chiara Lubich: «El artista verdadero es un grande. Todos lo dicen, aunque son pocos los críticos de arte; pero en todos se da la admiración y la fascinación por “lo bello”. El artista se aproxima en cierto modo al Creador. El verdadero artista posee su técnica, casi inconscientemente, y se sirve de los colores, de las notas, de la piedra, como nosotros nos servimos de las piernas para caminar. El punto de concentración del artista está en su alma, donde contempla una impresión, una idea que quiere expresar fuera de él. Por eso, con las infinitas limitaciones de su pequeñez de hombre en comparación con Dios, y, por tanto, con la infinita diversidad de las dos cosas “creadas”, (valga la palabra), el artista es, en cierto modo, uno que recrea, crea nuevamente; y una verdadera “recreación” para el hombre podrían ser las obras maestras de arte que otros hombres han producido. Por desgracia, por falta de verdaderos artistas, el hombre se recrea sobre todo en fantasías vacías, de cine, teatro, variedades, donde a menudo el arte ocupa poco sitio.

«El artista verdadero nos da, en cierto modo, con sus obras maestras, que son como juguetes frente a la naturaleza,

obra maestra de Dios, el sentido de quién es Dios y nos hace descubrir en la naturaleza la huella trinitaria del Creador: la materia, la ley que la informa como un Evangelio de la naturaleza, y la vida, que es casi consecuencia de la unidad de las dos primeras. El conjunto, además, es algo que al continuar “viendo” ofrece la imagen de la unidad de Dios, del Dios de los vivos. Las obras de los grandes artistas no mueren, y aquí está el termómetro de su grandeza, porque la idea del artista se ha expresado, en cierto modo, perfectamente en la tela o en la piedra, componiendo algo vivo».

## Sabiduría y estudio

En una carta de los años cuarenta, Chiara Lubich escribía una frase sorprendente:

« Mira, yo soy un alma que pasa por este mundo. He visto muchas cosas bellas y buenas y sólo éstas me han atraído siempre. Un día (día indefinido) vi una luz. Me pareció más bella que las demás cosas bellas y la seguí. Me di cuenta de que era la Verdad».

Su aspiración, acababa de graduarse como maestra, era asistir a la Universidad Católica de Milán. Pensaba: «Es católica, hablarán de Dios, me enseñarán muchas cosas de Dios». Un concurso permitía a 33 candidatos entrar gratuitamente. Chiara obtuvo el trigésimo cuarto lugar. Tuvo la sensación de que había perdido una gran oportunidad. Entre lágrimas, una voz, sin embargo, se abrió camino en el torbellino de su corazón: «Yo seré tu Maestro».

El aspecto del estudio tiene su punto de referencia en esta respuesta interior.

Más adelante, en 1980, sigue explicando: “En 1944 Jesús me pidió que dejara el estudio y que pusiera los libros en la buhardilla (...). Sedienta de verdad, había visto lo absurdo que era buscarla en el estudio de la Filosofía, cuando la podía encontrar en Jesús, Verdad encarnada. Y dejé de estudiar para seguir a Jesús. (...) Ahí, en ese episodio, hay un prelude de lo que con el tiempo florecería en el Movimiento. Veríamos resplandecer una luz que sería el alma de una vida. (...) Después de la renuncia, o mejor dicho, después de aquella decisión que Dios me pidió, la luz llegó en abundancia, nos iluminó sobre la espiritualidad que Dios quería para nosotros y plasmó día tras día la obra que se iba desarrollando. A esta luz nosotros la hemos llamado “Sabiduría”. (...) Comprendimos que la sabiduría era fundamentalmente nuestro nuevo estudio, el estudio de todos los miembros de la Obra de María (...).

A pesar de haber dejado los estudios en el 43-44, en 1950 sentí la necesidad de volver a tomar los libros en mis manos y estudiar Teología. Sentía que era necesario sustentar las muchas intuiciones de ese período sobre una base segura”.

Los lugares en los que “se realiza” la cultura de la unidad son numerosos. Por ejemplo la llamada “Escuela Abbà”, que se dedica a la doctrina que brota del “carisma de la unidad”, que es la fuente de numerosas iniciativas que impregnan los distintos campos del pensamiento y de la vida; la Universidad Popular Mariana, que tiene como objetivo proporcionar una formación teológica básica a los miembros del Movimiento; escuelas varias y cursos orientados a los fines específicos del Movimiento; en el campo editorial la Editorial Ciudad Nueva, con numerosas publicaciones en varios idiomas, y la revista de cultura “Nuova Umanità” (Nueva Humanidad); Y por último, a partir del 2008, el Instituto Universitario Sophia, con sede en Loppiano (Incisa V- Florencia).

## Unidad y medios de comunicación

Un aspecto emblemático del Movimiento de los Focolares es la comunión, la unidad. Es la consecuencia de la Palabra vivida y comunicada.

Escribía Chiara: «El Movimiento antes no existía, después existió. Y como sabemos lo hizo nacer el Espíritu Santo, quien actuó de una manera muy precisa. Puso a las primeras focolarina en condiciones de dar el máximo relieve, quisiera decir, el único relieve, al Evangelio; iluminó sus palabras y las impulsó a vivirlas».

«¿El efecto? –se preguntó Chiara –. Lo sabemos, inesperado y maravilloso: por la Palabra vivida radicalmente, por la Palabra tomada en serio, surgió muy pronto una comunidad numerosa, que rápidamente se extendió a más de un centenar de pequeños pueblos de Trento: era el Movimiento de los Focolares. Personas que antes no se conocían, se convirtieron en una familia; cristianos, antes indiferentes el uno hacia el otro, se unieron entre ellos. Por lo tanto la Palabra de Dios obra este milagro: da origen a una comunidad visible ».

“Unidad” es la palabra que más caracteriza al Movimiento de los Focolares. Unidad que es de por sí comunión y comunicación. Unidad que tiene necesidad de una comunicación continua para ponerse al día. También así los medios de comunicación social están al servicio de la unidad. Las 38 ediciones de la Revista Ciudad Nueva, en 24 idiomas, junto con otras revistas, como Gen’s para el mundo sacerdotal y Unidad y Carismas para los religiosos, son realizaciones que tienen como objetivo la unidad. Así como los “Centros Santa Chiara” audiovisuales.

En el 2000 Chiara Lubich, dirigiéndose a una asamblea de comunicadores, les ofreció cuatro “principios” de la comunicación mediática: «Para ellos es esencial comunicar. El esfuerzo por vivir cada día el Evangelio, la misma experiencia de la Palabra de vida, siempre ha estado y está indisolublemente unida al acto de comunicarla, a la narración de sus pasos y frutos, dado que la ley es amar al otro como a uno mismo. Pensamos que lo que no se comunica, se pierde. De este modo, sobre la vivencia se enciende una luz para quien narra y para quien escucha, y la experiencia parece fijarse en la eternidad. Podemos decir que tenemos casi una vocación a la comunicación».

Segundo principio: «Para comunicar, sentimos el deber de «hacernos uno» –como decimos nosotros– con quien escucha. Incluso cuando uno habla o desarrolla un tema, no nos limitamos a exponer lo que pensamos. Primero, sentimos la necesidad de saber a quién tenemos delante, de conocer al que escucha o al público, sus exigencias, sus deseos, sus problemas. Y también nos damos a conocer, explicamos por qué queremos tratar ese tema, qué nos ha impulsado, los efectos en nosotros mismos, y así creamos cierta reciprocidad. De ese modo los demás no sólo reciben el mensaje intelectualmente, sino que también participan de él y lo comparten».

Y todavía: «subrayar lo positivo. Siempre ha formado parte de nuestro estilo poner de relieve lo que es bueno, convencidos de que es infinitamente más constructivo destacar el bien, insistir en las cosas buenas y en las perspectivas positivas en lugar de pararse en lo negativo, aunque denunciar oportunamente errores, carencias y culpas es obligatorio para una persona responsable».

Por último: « Lo que importa es la persona, no el medio, que es un simple instrumento. Para difundir la unidad, hace

falta ante todo ese medio imprescindible que es el hombre, un hombre nuevo, en palabras de San Pablo, que ha acogido el mandato de Cristo de ser levadura, sal y luz del mundo ».